



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s

**MIRADAS**

**LA INVENCION DEL ESPEJO Y LA CONSTITUCION DEL YO**

**AGUSTINA SCHÄUBLE**

**Universidad Nacional del Comahue**

**Centro Universitario Regional Zona Atlántica**

**[agus\\_schauble17@hotmail.com](mailto:agus_schauble17@hotmail.com)**

## **Miradas**

### **La invención del espejo y la constitución del Yo**

#### **Resumen**

El presente recorrido surge de la experiencia clínica psicopedagógica con un niño pequeño y se enmarca en el proyecto de investigación “Adolescencias en los bordes de la actualidad. Psicoanálisis, institución y pandemia”, dirigido por la Lic. y Prof. Marina La Vecchia y Co-dirigido por el Dr. Gabriel Pavelka (CURZA-UNCo). Se plantean distintos apartados que, a manera de tríada familia-institución educativa-paciente, intentan esbozar el diagnóstico, evaluación y tratamiento que se pusieron en marcha a los fines de aliviar el sufrimiento del niño. La constitución del Yo, imago e imagen, Otro, transferencia, mirada, humanización y significantes, son algunas de las categorías psicoanalíticas que toman sustancialidad en este escrito en un intento de leer más allá del cuerpo como conjunto biológico y dando lugar al estatuto imaginario y simbólico del mismo. A los fines enunciados, se toman aportes de distintos autores/as, entre los cuales se hallan psicoanalistas, produciendo un enlace entre la escritura teórico-clínica propia del psicoanálisis y la experiencia psicopedagógica aquí narrada.

**Palabras clave:** Yo; mirada; espejo; cuerpo; hiperactividad

#### **Looks**

**The invention of the mirror and the constitution of the self.**

#### **Abstract**

This journey arises from the psychopedagogical clinical experience with a young child and is part of the research project “Adolescence on the edges of today. Psychoanalysis, institution and pandemic”, directed by Lic. and Prof. Marina La Vecchia and Co-directed by Dr. Gabriel Pavelka (CURZA-UNCo). Different sections are proposed that, in the form of a family-educational institution-patient triad, attempt to outline the diagnosis,

evaluation and treatment that were implemented in order to alleviate the child's suffering. The constitution of the Self, imago and image, Other, transference, gaze, humanization and signifiers, are some of the psychoanalytic categories that take on substance in this writing in an attempt to read beyond the body as a biological whole and giving rise to the imaginary status and symbolic of the same. For the stated purposes, contributions are taken from different authors, among whom are psychoanalysts, producing a link between the theoretical-clinical writing of psychoanalysis and the psychopedagogical experience narrated here.

**Key Words:** I; look; mirror; body; hyperactivity.

### **Reseña curricular**

Licenciada en Psicopedagogía (CURZA-UNCo). Profesora en Psicopedagogía (CURZA-UNCo). PAD (Profesora Adjunta Interina) de la asignatura Psicología Política, correspondiente al 3º año de la Licenciatura en Ciencia Política (CURZA-UNCo). Docente ayudante de la cátedra Pedagogía correspondiente a las carreras Lic. y Prof. en Psicopedagogía, Prof. en Ciencias Agropecuarias, Profesorado en Ciencia Política (CURZA-UNCo). Integrante docente del Proyecto de Investigación “Adolescencias en los bordes de la actualidad. Psicoanálisis, institución y pandemia”, dirigido por la Lic. y Prof. Marina La Vecchia y Co-dirigido por el Dr. Gabriel Pavelka (CURZA-UNCo). Ex Becaria Graduada de Iniciación a la Investigación CURZA-UNCo (enero de 2016-diciembre de 2017) y Perfeccionamiento CURZA-UNCo (enero de 2018-diciembre de 2019). Psicopedagoga en consultorio particular.

## **Miradas**

### **La invención del espejo y la constitución del Yo.**

*Cuentan que una vez, un niño se adentró en un bosque y en su camino se encontró, por casualidad y para su sorpresa, erguido y sin borde alguno entre la espesura de los árboles, un espejo y se quedó asombrado ante tal acontecimiento y ante todo lo que se reflejaba (...) Él y su reflejo se parecían tanto y a la vez albergaban tantas diferencias...*

(De Florián, C., 2015, s/p)

Guardo algunas anotaciones en cuadernos o libretas ya añejas. Algunas hojas tienen palabras sueltas, otras frases lo más fieles posibles al relato de sus autores. En oportunidades, acompañan esas frases apreciaciones propias de la escucha, interrogantes que surgen, intentos de entendimiento... aunque sabemos, algo siempre escapa. En algún momento voy a necesitar estas marcas de memoria, pensé. En el momento que logre escribir sobre él y el arduo trabajo que implicó el tallado de su cuerpo. Y a riesgo de que no sea éste el momento indicado, luego de algunos años, acá están nuevamente esas palabras, relatos y frases tomando lugar, atravesadas por el tiempo que implicó poder escribir sobre esta experiencia psicopedagógica.

Fede<sup>1</sup> es un niño pequeño y es derivado por su pediatra a consulta psicopedagógica. Su mamá y su papá escuchan esa sugerencia y solicitan un turno. En la entrevista de admisión con ellos, aparecen múltiples indicadores sostenidos en el tiempo que inquietan a la institución educativa donde asiste Fede y a su familia: el no sostén de la mirada y/o la dificultad en el contacto visual con otras personas, la imposibilidad de escuchar y respetar los límites, enuresis nocturna de larga data, etc.

---

<sup>1</sup> El nombre utilizado es ficticio y el material ha sido recortado en pos de resguardar el secreto profesional.

Su nacimiento resultó dificultoso. Requirió asistencia médica al nacer y, en palabras de su familia, “costó sacarlo”. En esta primera entrevista nada de lo dicho ubica a Fede en un lugar de deseo. No es nombrado como hijo y, de hecho, se lo ubica por fuera de lo humano de diversas formas. No se habla de él con cariño, no encuentran en sus relatos anécdotas afectuosas. Tanto la mamá como el papá se observan agotados y desesperanzados ante una situación que pareciera no tener otras vías posibles.

Voy apuntando y luego, como sucederá más adelante con el relato de Fede, las palabras toman sentido: lo “sacan” (afuera) para que no esté “tan sacado” y, además, “costó sacarlo” cuando nació. La pregunta para mí, al menos inicialmente, no es a dónde lo sacan, sino de dónde lo sacan. Parido Fede, sacado del cuerpo de su madre, más no parido hijo. Una primera hipótesis en suspenso: sacado de su estatuto de hijo, ¿habrá estado allí alguna vez?

Confieso que luego de esta primera entrevista dudé en conocer a Fede. Lo que hasta allí había escuchado presentaba un panorama difícil para trabajar. Y, con certeza, implicaría el armado de recursos de todo tipo durante el tiempo de intervención.

### **Fede y yo. O... Fede y la constitución del Yo.**

Mi consultorio en ese momento se encontraba en un lugar donde funcionaban muchos otros consultorios con distintas especialidades y, en ese marco, había una sala de espera común a todos los pacientes.

La primera vez que vi a Fede, no esperé que sea la secretaria quien me avise que había llegado. Salí a buscarlo, pues pensé, “lo entro”. Observé a su mamá y a su papá a lo lejos con Fede. Antes de saludar a su familia decidí ponerme a la altura del niño y susurrar en su oído: “Hola, soy Agustina, ¿vamos a jugar?”. Me dio la mano y, ante el desconcierto de su mamá y su papá, les enuncio “nos vemos en un rato”. Lo invité a jugar, esa fue la apuesta.

Durante los primeros encuentros con Fede, ubico otros aspectos que representaban, quizá, mayor preocupación para mí que aquellos enunciados en la entrevista de admisión por su familia. Entre otras cuestiones, observo dificultades persistentes en la comunicación oral (palabras sueltas, dificultades para expresarse verbalmente), escasez de reacción corporal a estímulos externos como el dolor, calor o frío, ausencia de juego y ausencia de figura humana en los dibujos (Fede no lograba representarse), entre otros.

Fue difícil sostener los primeros encuentros con el niño. Estaba atenta a lo que veía y escuchaba, intentando sin demasiado éxito algún armado lúdico, lo único que nos permitiría “comunicarnos” por el momento dado que, como señalé anteriormente, inicialmente no había relato. Además, habitualmente me convertía en blanco de golpes. Tocó en los primeros encuentros poner el cuerpo para armar cuerpo. Mis brazos como contención en momentos de desborde y algunas palabras que podía ir donando. Cada sesión terminaba preguntándome a mí misma ¿qué hago? ¿qué estoy haciendo?

Durante sesiones nada parecía moverse de lugar. Aparecía de manera incesante la sensación de que no estaba pudiendo e intentaba responderme a mí misma que se trataba de tiempo... del tiempo de Fede.

Varias de las intervenciones sostenidas tuvieron efectos que logré visualizar tiempo después. Cada desborde de Fede era respondido con algo más: en momentos que intentaba romper el lavatorio del consultorio, yo abría la canilla y él mojaba sus manos o yo ponía un barquito a flotar; en aquellos instantes en que se asustaba de lo que él mismo hacía y decidía esconderse, yo convertía el escritorio en cueva; cuando bruscamente agarraba el picaporte para irse del consultorio, lo invitaba al patio a “explorar”.

Así empezamos a instalar el juego y el consultorio se convirtió en andariego: a veces en el patio del consultorio, a veces en otros espacios al aire libre más alejados, a veces en la casa de él.

En esas andanzas, empezamos a juntar “los tesoros de Fede”, así le decía yo cuando él venía: “¿vamos a juntar tesoros?”. Buscamos una caja, o algún carro y salíamos a buscar. No eran piedras, palos o tapitas. Eran tesoros. No era el patio del consultorio. Era a veces una selva, otras un bosque, otras un gran océano. Entre juego y juego y la búsqueda de tesoros, Fede empezó a armar relato y yo, hilaba sus palabras: “¿me estás queriendo decir tal cosa o tal otra?”. Empezó, también, a juntar tesoros en su casa y, a veces, los traía a las sesiones para mostrármelos.

“Fede, mirame. Mirame Fede”, le decía casi como súplica. Apoyaba mis manos en sus cachetes y él, sin pestañar, corría su rostro. Cuando lo conocí, Fede no quería que lo toquen. Eran raudos sus movimientos ante cualquier maniobra afectuosa que pudiese poner en marcha.

De tanto pedirle que me mire, un día y sin muchas vueltas, Fede empezó a invertir la consigna: “Mirame Agustina, mirame”, “escuchame Agustina, escuchame”. Así, en capicúa, muchas veces en cada encuentro. Respondía, cada vez y otra vez: “Te miro, Fede. Te escucho, Fede”. Cualquier cosa que hiciera a partir de ese momento, demandaba mi mirada de manera efusiva. Y yo respondía, también efusivamente, a esa demanda. Miradas...

Es importante puntualizar que si bien para algunos autores el momento especular se inaugura, como en el primer trabajo de Lacan, ante el júbilo del niño frente a su imagen reflejada en el espejo, otros como Winnicott y Sami-Ali van a ubicar la invención del espejo más acá de los espejos comunes y corrientes, al sostener que el primer lugar en el que se mira el

niño es el rostro materno. El rostro pasa a ser *condición* del espejo.

(Rodulfo, M. y Rodulfo, R., 1986, p. 17)

Más continuarán expresando los autores que este espejo propio de la función materna no trata de una mera (ni cualquier) mirada, sino que se tratará de la posición que asuma vía significantes en el ofrecimiento de un lugar de unificación. No imagen, sino imago, aquella que es “causa de la unificación, constituyendo lo que en psicoanálisis denominamos *rasgo unario*” (p. 21).

Una de esas veces en el consultorio en que venían golpes y movimientos que me costaba contener, sin pensadera previa y en un intento de que cesen los golpes, enuncié en voz alta “está lloviendo”. Afuera, sol radiante. En el consultorio, yo-viendo. Fede armó cueva debajo del escritorio: “Se mojan los juguetes Agustina. Traelos acá abajo”. Fue ese momento en el que empezó a hilar palabras, armar relato, juego.

Estos movimientos de demanda de mirada y armado de relato eran para mí sorprendidos. No podía mirarme a mí misma pero sí podía ver sus gestos cuando observaba en mi rostro, además de sorpresa, una inmensa satisfacción. Él respondía a esa alegría y redoblaba la apuesta construyendo más, navegando más, explorando más. La primera vez que me vi en el reflejo de su mirada, comprendí que el trabajo estaba encausado de alguna forma.

Las escondidas se convirtió en uno de sus juegos favoritos. Y para mí, la lectura de ese juego tenía un plus: Fede se “escondía”, aunque, maravillosamente, me avisaba antes en dónde estaría escondido para que lo encuentre. Se aseguraba de que lo encuentre: “Agustina, me voy a esconder acá. Acá Agustina”. Si no estaba en ese momento mirándolo a él, me reiteraba con gestos y palabras su lugar de escondite, pues era importante que yo lo encuentre. Yo contaba, pacientemente, y después, lo encontraba ahí, donde él me dijo que iba a encontrarlo. Tenía que encontrarlo.

Empecé a identificar la demanda de Fede: ser mirado. Los armados lúdicos y el relato empezaron también a tener efectos en su casa. Su familia contaba, entre risas y emoción por el hijo nacido, que Fede les pedía golosinas (algo que nunca había hecho) o que hablaba con las personas que se cruzaban las conociera o no. Por primera vez escuchaba en las entrevistas con la familia un relato que hablaba de Fede con emoción.

Ser mirado, ofrecer imagen, reunir tesoros... digo, significantes, allí donde el Otro se ofrezca como lugar del cual extraerlos.

(...) puede hacerse una primera lectura de A tomado como Otro, o lugar del código. A oculta el tesoro del lenguaje, que debe suponerse previo para que puedan extraerse de él, con el sello de la intención, estos elementos que se inscriben unos después de otros para desplegarse en forma de una serie de S1, S2, S3 (...) (Lacan, J., 2008, P. 46)

Su cuerpo iba tomando lugar y yo intentaba escuchar, observar e intervenir dándole a conocer que registraba las distintas marcas que él portaba o de las que se estaba apropiando. En ocasiones en que se golpeaba, por ejemplo, y venía lastimado, dedicaba unos minutos a esa herida: “¡¿Qué te pasó?! ¡Imagino que debe dolerte! ¿te pusiste una curita?”.

Lacan distingue al menos dos otros: “(...) uno con A mayúscula, y otro con una a minúscula que es el yo. En la función de la palabra de quien se trata es del Otro (Lacan, J., 2008, p. 355). La humanización no es sin Otro ofreciéndose y ofreciendo los “tesoros” propios del lenguaje: ¿qué imagen se ofrecía a Fede? Lacan (2008) plantea que “(...) el yo es una construcción imaginaria”, construcción que indefectiblemente requerirá de operatorias identificatorias y, en tanto identificaciones, no prescindirá del registro simbólico. Más no es posible advenimiento subjetivo sin identificaciones a las que

sujetarse, pues “(...) sin la falización es muy improbable que un individuo llegue a tener un cuerpo verdaderamente erógeno, marcado por el deseo” (Rodulfo, R., 1993, p. 79).

Creía fervientemente que Fede iba tomando lugar, demandaba ser mirado y, además, muchos de los indicadores que aparecían inicialmente como preocupación se iban disipando: ya no había enuresis, lograba jugar y mantener conversaciones, respondía a estímulos externos, etc. No creía, lo creo. Creo en el arduo trabajo que hicieron Fede y su familia.

### **Las píldoras para no soñar<sup>2</sup>**

Que se tomen el palo los docentes y padres y médicos que vienen con la pastillita de la anestesia. Yo prescindo de los quitapenas y les permito, y me permito, llorar de amor y de alegría sin píldoras para no soñar. (Alluz, M., 2019)

Como en cualquier tratamiento, los movimientos son más tangibles por momentos y, también, encontramos de aquello que suele denominarse “retroceso”. Para mí eran insumo de lectura y trabajo, aunque no todos los profesionales tienen la misma perspectiva.

Así Fede llegó a una consulta neurológica. La institución educativa presionaba y, me atrevo a afirmar, hostigaba a la familia de Fede de tal manera, que en un intento desesperado para que cese su “conducta inadecuada”, terminaron en la consulta de uno de los profesionales, podría decirse, avenidos a la muerte de la infancia.

La familia ingresó a esa consulta con un informe de quien suscribe que daba cuenta de los efectos que hasta allí había tenido el tratamiento y, asimismo, la advertencia firme de que era altamente posible que ese profesional no acordara en absoluto con mi evaluación, diagnóstico y tratamiento.

---

<sup>2</sup> Extracto de “Quitapenas”. Brasas. Relatos de vidas desabrigadas. Autoría de Marcela Alluz. Editorial Sudestada.

Y así fue. En menos de cinco minutos de consulta le diagnosticó hiperactividad. Con dudable ética profesional desestimó el informe elaborado sin haberlo terminado de leer, y vapuleó todo el trabajo sostenido hasta ese momento, sugiriendo la derivación de Fede con una profesional que “trabaja lo conductual”.

Algo de lo trabajado con la familia permitió que dudaran de tamaña escena y, de alguna manera, suspendieran las apreciaciones desmedidas y certeras esgrimidas en la consulta neurológica. Diría, incluso, con la dureza que le cabe, la mala praxis de ese profesional. Aunque la duda se instaló y decidieron no sólo irse, sino tampoco dar curso a las sugerencias del neurólogo, no obstante... lo esperable: se produjo la angustia propia de pensar que algo de lo hasta allí trabajado, no había “funcionado”.

El trabajo con Fede implicó, como en cualquier tratamiento con niños, el trabajo con su mamá y su papá y la apuesta a la transferencia. Fue la transferencia con uno de ellos particularmente lo que permitió que el trabajo se sostenga. Intercambio posterior a la entrevista de ellos con el neurólogo, con gran preocupación, recuerdo haberles transmitido que no teníamos por qué acordar en la dirección del tratamiento ni en el diagnóstico y que no necesitaban cargarse con las palabras inadecuadas de ese profesional.

Menos de cinco minutos, reitero, menos de cinco minutos y ni una sola palabra con Fede, llevaron a este profesional al diagnóstico de hiperactividad. Ese diagnóstico fue para la familia una bomba, aunque, advertidos previamente de que eso podía suceder, tuvieron herramientas para desactivarla a tiempo. O... la transferencia fue la herramienta disponible para desactivarla.

Diagnósticos como el mencionado, distan en demasía de aquellas lecturas provenientes del psicoanálisis. Pues, en psicoanálisis, la pregunta acerca de qué es un niño:

(...) desemboca en una serie de cuestiones. Particularmente nos detuvimos en la importancia de lo que llamamos prehistoria o, en otros términos, importancia del mito familiar. Es preciso aclarar que a partir de aquí, modificamos y ampliamos nuestras preguntas clínicas, tomando en cuenta las más básicas que sirven para situar a un paciente. De esta manera cambia toda la perspectiva de lo que podríamos llamar un diagnóstico en psicoanálisis, que es algo muy distinto de lo que podría ser, por ejemplo, el diagnóstico para un criterio psiquiátrico o psicológico tradicional. (Rodulfo, R., 1993, p. 35)

No se trata de la consigna “diagnóstico no”, sino de qué tipo de diagnóstico se trata, qué prioriza, en qué se detiene, qué descarta, qué toma. Si se trata de un diagnóstico que incluye o excluye al sujeto.

Sin duda los diagnósticos son necesarios, pero no pueden estar por delante del niño, tienen que posibilitar la construcción de estrategias y nunca pueden armarse sólo por las conductas observables, sin tomar en cuenta la multiplicidad de factores que puede ocasionar esa manifestación conductual. (Untoiglich, G., 2013, p. 117)

### **El desarraigo**

En el primer encuentro que tuve con la institución educativa me reuní con parte del equipo directivo y la docente. Varias cosas llamaron mi atención: una directora que no hablaba ni intervenía, una docente que pidió explícitamente en ese primer encuentro que lo diagnostique con hiperactividad y una larga e interminable lista de aquello que Fede “hacía mal”. Como se planteó inicialmente en este escrito, la dificultad para sostener el contacto visual significaba una gran preocupación.

En ese primer encuentro me dediqué a escuchar y pregunté si podían identificar cuáles eran los momentos más difíciles de Fede, es decir, en qué momentos pegaba y se “desbordaba”. No tardaron en responder ni dudaron de su respuesta: “cuando siente rechazo” (Sic). Cuando lo sacan... pensé.

El trabajo con la institución se volvió sostenido en el tiempo y, además, era compartido con otra institución que participaba de esos encuentros interviniendo en el armado de estrategias y recursos. De hecho, esta institución era representada por profesionales de mirada fina y escucha atenta que, por “suerte”, resistían el discurso excluyente de la institución educativa.

No suelo dar “recomendaciones” ni a las familias, ni a las instituciones, por más de un motivo. En todo caso, se pueden ofrecer orientaciones o la disposición para el trabajo conjunto, más no recomendar “tips”. En esta oportunidad sí lo hice. De todos modos, más que recomendaciones, fueron indicaciones. La “conducta” de Fede no era la que más me inquietaba, sino la “conducta” de la institución educativa que había promovido de diversas maneras la exposición de Fede frente a la comunidad familiar. La había promovido y no intervenía adecuadamente para su cese.

Prácticamente todos los días llamaban a la familia de Fede para que sea retirado antes de tiempo e incluso hicieron el intento de que ese desalojo sea institucionalizado, es decir, que el retiro anticipado sea algo formal. Reducción de la jornada, decían. ¡No! Rotundamente no. Esa fue la respuesta de las profesionales que interveníamos en la institución educativa y con el niño. Continuar “sacando” a Fede de todos los espacios por los cuales transitaba, agravaba su padecimiento psíquico, no tenía duda de ello. A la familia, la orientación de que no acudan en cada llamado salvo que lo consideren extremadamente necesario, pues la institución había instalado llamarlos casi cotidianamente ante cualquier situación que se presentase con Fede.

Fede, de manera permanente, era “sacado” de todos los espacios por los que transitaba. El desarraigo era inmenso y él no era ajeno. Advertía la no mirada, advertía el rechazo, las palabras hostiles. Las advertía y actuaba en consecuencia asegurándose de que lo miraran.

La rotura por parte de Fede de sus producciones no era más que un efecto de lo hasta aquí descrito. Nunca pude preservar un dibujo de Fede y en la institución educativa tampoco lograban hacerlo. Rompía sus producciones habitualmente, en tanto aquello no le era propio, le resultaba extranjero. No había, aún, nada en lo que reflejarse o identificarse y, por ende, ninguna figura humana que representar. No se trataba de algo improbable, sino de algo posible de trabajar como nos encontrábamos haciendo.

“¿Cómo alojar las complejidades de la infancia, que se dan a ver en la institución escolar, sin patologizar la diferencia?” (p.213). Esta pregunta se hace Gisela Untoiglich (2013), augurando instituciones educativas cuyo horizonte albergue la diversidad, la singularidad. Continuará expresando algo no novedoso actualmente para quienes trabajamos con niños: asistimos una época en la que hay cada vez más niños que no responden a lo que se espera, familias despojadas de orientaciones en la crianza e instituciones con grandes situaciones de precarización.

En el inicio del escrito se planteó que la apuesta fue la invitación a jugar. Propiciar el armado lúdico entendiendo que no cualquier cosa es juego y que su estatuto constitutivo amerita pensarlo con seriedad. Jugar no admite liviandad y requiere de profesionales dispuestos/as a zambullirse en las tramas que nuestros/as pacientes proponen o, si esto no aparece, propiciar el espacio necesario para que tenga lugar.

Se propone entonces esbozar líneas de pensamiento que procuren lugares otros para nuestras infancias, una psicopedagogía que consolide sus bases con la firme convicción de que nuestra tarea artesanal implicará restituir

su derecho a la palabra, ¡Se buscan psicopedagogos/as que sepan jugar!

(Schäuble, A., 2023, p. 3)

## Referencias

Alluz, M. (2019) Brasas. Relatos de vidas desabrigadas. Editorial Sudestada. ISBN 9789873951794

De Florián, C. (2015) El niño y el espejo. En: En clave de niños. Porque los mayores no nacemos sabiendo. Recuperado de: <https://sinalefa2.wordpress.com/2015/05/21/el-nino-y-el-espejo-claris-de-florian/>

Lacan, J. (2008) La inconsistencia del Otro. En: El Seminario de Jacques Lacan, libro 16, “De un Otro al otro”. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2008) Introducción del gran Otro. En: El Seminario de Jacques Lacan, libro 2, “El Yo en la teoría de Freud y en la Técnica psicoanalítica”. Buenos Aires: Paidós.

Rodulfo, M. & Rodulfo, R. (1986) Clínica psicoanalítica en niños y adolescentes. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Rodulfo, R. (1993) El niño y el significante. Un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana. Buenos Aires: Paidós, Psicología Profunda.

Schäuble, A. (2023) Restituir la palabra a las infancias: “¿Tu trabajo no es hacerme preguntas?”. Recuperado de: <https://admin.curza.uncoma.edu.ar/publicaciones/wp-content/uploads/sites/19/2023/09/1.-Eje-Salud.-16.-Schauble.pdf>

Untoiglich, G. (2013) Una escuela que aloje la diversidad. En: En la infancia los diagnósticos se escriben con lápiz. La patologización de las diferencias en la clínica y la educación. Buenos Aires, Noveduc.